

Volver a Tijuana

Jorge Ruiz Dueñas

A lo largo de su trayectoria literaria, el poeta, novelista y ensayista Jorge Ruiz Dueñas ha construido un universo creativo en que la memoria y sus trayectos sinuosos han tenido un sitio central. Con motivo de sus 70 años, el autor ha recibido un merecido homenaje en la reciente edición de la Feria del Libro de Tijuana, foro y ciudad con los que tiene un vínculo fundamental.

Jean de la Bruyère, escritor y moralista francés del siglo XVII, decía que “sólo un exceso es recomendable en el mundo: el exceso de gratitud”. Pero ese gesto universal no suele caer en demasía porque la memoria tiende a ser apenas una fina gasa. Advertido de los riesgos debo iniciar agradeciendo al público, que nos arroja con su presencia en este de suyo generoso acto auspiciado por la Feria del Libro de Tijuana, y la decisión de las instituciones que la integran, en particular, la Unión de Libreros de Tijuana, el Instituto de Cultura de Baja California, el Instituto Municipal de Arte y Cultura y la Secretaría de Cultura por conducto del Centro Cultural Tijuana (Cecut). La tarea del comité literario ha sido relevante para llegar a este momento, como lo han sido todos los esfuerzos de las estructuras logísticas del Cecut y los numerosos difusores en los medios a quienes aprecio su esfuerzo multiplicador. Sé por experiencia propia que detrás de cada actividad hay siempre regimientos discretos, pero deben saber que todos tienen mi reconocimiento y afecto.

Algunas ocasiones participé en esta feria como editor; ahora verme de este lado de la mesa me hace recordar seres muy apreciados por nosotros. Uno de ellos, el actor histórico que impulsó en una lucha cuerpo a cuerpo con las burocracias esta fiesta del libro a la que

llegamos hoy en su trigésimocuarta edición. Por supuesto, me refiero a don Alfonso Vladimir López Camacho, con ideales misteriosamente tan cercanos a mi maestro León Felipe, poeta del éxodo y el llanto, y ese rostro que si acaso logramos que sonría ilumina los estantes, los libros, las páginas y el mismo aire pulposo de su librería.

La cultura que se hace y se diluye, se multiplica y se trasvasa, requiere siempre individuos excepcionales. Profetas de lo vesánico, los que hunden el cayado en el mar ajeno hasta lograr lo extravagante, aquellos definidos como los que caminan fuera del camino donde caminan los demás. Y casi me parece ahora también oír una voz suave, entre cláusulas incidentales cerradas una a una con esmero. Ese otro personaje presente en mi pensamiento es Rubén Vizcaíno Valencia, el hombre que vino de Comala. ¿Cómo no decir gracias a seres tan entrañables como ellos?

Por supuesto, me honra la solidaria compañía de Jaime Labastida Ochoa, poeta, filósofo, editor, director de la Academia Mexicana de la Lengua, entre muchos otros atributos; y de Ignacio Solares Bernal, dramaturgo, narrador, editor, si bien dejo en el tinero otros sustantivos. Pero, sobre todo, ambos, admirados y sobresalientes intelectuales a quienes igualmente les agradezco su presencia y su viaje a esta nuestra



Jorge Ruiz Dueñas con Álvaro Mutis, Léo Ivo y Jaime Labastida, 1997

ciudad, para expresar frases más próximas a la amistad que a la verdad.

Tengo la extraña percepción de las dualidades como algo propio de la esfera de mi vida. No en forma de alternativa, pues eso es el privilegio de la voluntad, sino como el azar cuando ubica nuestros pies en las dos orillas. Ni antagónicas ni irreductibles. Antes bien, complementos de la condición humana. Puedo amar las nubes y la tierra, el océano y el desierto, añorar sus zonas de encuentro y ver la silueta de los cirros hundido en la arena arramblada alrededor del cuerpo. Quizá por ello la existencia, siempre más rica que el arte, muestra las posibilidades de lo múltiple. Y ello me mueve a confesarles esta noche cómo conviven en mí, a la manera de una mansa revelación.

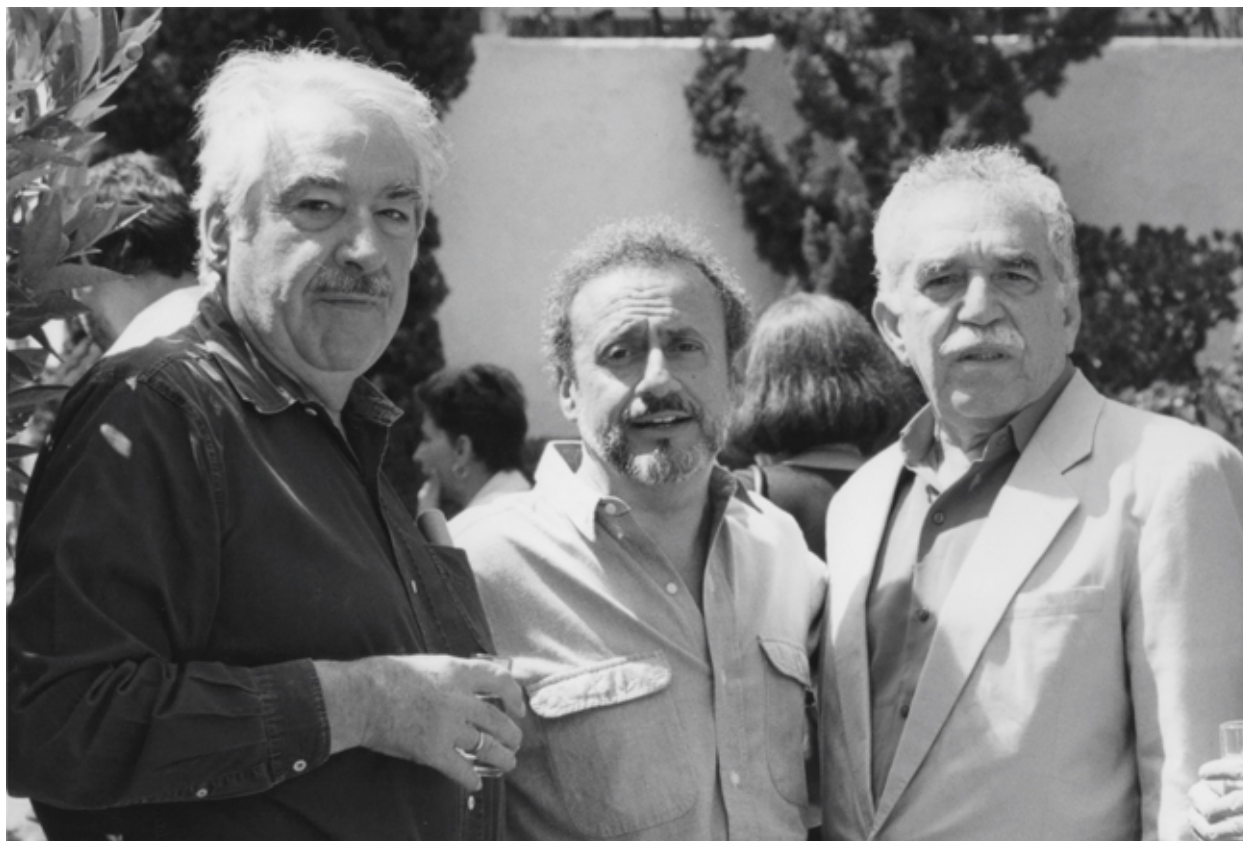
Pienso en ustedes y en esta tierra final, como la adopción de un espacio emotivo donde el derecho emanado del suelo ya se ha hecho carne y sangre propias. Y pienso también en la finitud representada en este mismo acto pleno de generosidad, como un plazo goteando por el grifo donde cae la sucesión de rostros y hechos en la marcha imperturbable de un tiempo líquido siempre escurriendo entre nuestras manos.

Y todo esto mientras la infancia se erige como la verdadera patria, según diría Rainer Maria Rilke. Todo esto, mientras, al doblarse el siglo pasado, me veía bajar por las calles sin más nada que el suelo raso, y el valle de Tijuana llevaba mi vista hasta las colinas donde adivinaba el mar. Todo, cuando descubría los girasoles silvestres en los traspatios como provincias desarregladas

de un reino y su gran ojo seguía al astro y el agua bajaba desde los ribazos llevando parte de su propia entraña, barro, piedras furtivas, desventuras y el río anchuroso en las aguadas arrasaba las fronteras para llegar a su destino, a su cuna natural en el litoral ilimitado.

Todo, mientras descubría la plata de las cinerarias bajo los porches de las casas del viejo centro o conocía el aroma sutil del anís resguardado en rincones o entre limoneros mediterráneos a la vera de pequeñas bardas como espadas de madera blanca, camino de nuestra presa en decadencia permanente. Todo, cuando el timbal de las olas cercano a Rosarito se hundía en mi pecho y me refugiaba en los médanos de la tarde incombustible. Todo, bajo el mismo cielo caído en pedazos de azul para amortajar las últimas respiraciones de mis padres. Y allá abajo, visto desde la colina de los panteones, la cuenca y el río —tan urbano y domeñado ahora—, y las colonias proletarias al trepar las cimas como los borregos cimarrones, me saludaban de nuevo porque aún estaba allí la brisa recorriendo mis venas como antes.

¿Cómo explicar entonces la identidad y la procedencia de la familia del hombre?, me pregunto a menudo, cuando llevo en mis páginas una posesión como esta que es umbral de todo y pretendo construir para mí, como el Adelantado, personaje de Alejo Carpentier, una ciudad hasta el origen del Génesis, es decir, en palabras de Fernando Jordán, hasta “la desolada ternura del desierto” que para mí ha sido siempre un desierto jubiloso. Acaso por ello me gusta siempre recordar el poema de Alfonso Reyes sobre la Antigua Escuela de San Ilde-



© Archivo personal de Jorge Rúa, Duxénis

Con Álvaro Mutis y Gabriel García Márquez, 1997

fonso, pues, igual puedo decir: “No soy yo el que vuelvo, / sino mis pies esclavos”.

Teilhard de Chardin alguna vez escribió que el amor era la fuerza más poderosa y extraordinaria del universo, y un olvidado poeta potosino, Miguel Álvarez Acosta, lo tradujo en unas décimas imperiales: “Amor, amor, sólo eso. / ¿Qué más puede ser la vida?”. Y si esa vida íntima y aun la muerte son o deben ser actos privados, la creación nos lleva a afiliarnos a otra tribu, a adoptar paternidades donde cabe todo el pasado y acaso nos hace avistar nuestra ausencia de futuro en unas palabras apenas hiladas en la trama de un poema. En esta nueva dualidad, también yace el afecto fraterno que es otra forma del amor a la palabra.

Ahora, en mi recuento de poetas en el más amplio de los sentidos, como una oda de lástimas en el rumor del mundo, me resultan muchos los migrantes a la zona del silencio. Muchos los que han zarpado, aquí y allá, como quien viaja hacia las islas Rojas para descender sólo en el jardín de la memoria, ese que Orhan Pamuk dice cultivar porque no quiere olvidar. Algunos me transmitieron enseñanzas, me ayudaron a madurar los frutos y aun a asimilar el dolor.

En cuanto a nosotros, probablemente no podamos decir de nuestra generación, como Albert Camus en su discurso de Suecia, que la suya era digna de saludarla donde quiera que se le encontrase. Pero sí, de recordarla como una generación pletórica de voces en medio de los arrecifes. Nos hemos reunido en la diversidad, como insiste Saint-John Perse en su *Chant pour un équinoxe*,

y el sendero de la finitud prometido como un camino de cenizas que al final son brasas nos permite hoy prolongar la presencia de los nuestros desde una ventana al tiempo. Propongo que el primero en pasar revista de esta generación entre dos mundos, tan frágil como es la carne misma, sea nuestro hermano Federico Campbell, el de la noble testa de senador romano cuyo nombre nos cobija hoy en este recinto.

Casi al final de la jornada ya no diría como la canción de Édith Piaf (*Non, rien de rien. Non, je ne regrette rien*): no me arrepiento de nada. En las letras como en la existencia, siempre es posible reducir la imperfección. Es verdad, cuando joven también creí fundamental el impulso vital, el viaje no el destino, las preguntas y las dudas. Pero en nuestro plan para el olvido, aunque las palabras también son insuficientes, resultan igualmente necesarias las respuestas y definir la singladura, un puerto, si se quiere, inexplorado, pero ubicado en la carta de rumbos de la eternidad. Aún es hora de comprometernos tanto con la vida como sea posible. Reencontrarnos con la esperanza y la dignidad. Dar paso a lo esencial. Vivir, según decía Eugenio Montale, “con el mínimo de cobardía posible”. Y sobre todo recibir los días y las horas con gratitud y humildad en medio de la incertidumbre, como ahora deseo hacerlo ante ustedes al decirles a todos: gracias por su afecto al volver a casa en esta noche de mayo.

Palabras pronunciadas en el Cecut el 15 de mayo de 2016 con motivo del homenaje recibido por el autor en la XXXIV Feria del Libro de Tijuana.